



ací en el campo, viví allí y me crié entre supersticiones. Supuestamente soy muy racional, pero la verdad es que freno a cualquier problema, mi solución es un submismo. La pena con las supersticiones me viene desde chica. En el fondo había una vieja mazalona que se llamaba Chala, que nos contaba historias de apariciones. Cuando volvíamos de su casa, rajábamos con los ojos cerrados porque ella nos decía que en el bosque se aparecía un hombre mitad perro, con un perro negro muerto, y si a uno le salía, se moría.

Me justifico con lo del campo, pero creo que habría sido supersticiosa hasta la médula, aunque hubiera nacido en un departamento en el centro de Santiago. Para explicarlo, voy a entrar en lo trópico: creo que las mujeres están más propensas a la superstición que los hombres. Esto tiene que ver con nuestro pleno condicid; mientras anduvimos siempre, estamos siempre jugando entre la realidad y la fantasía. Pongo un ejemplo muy terrible: cuando las mujeres salvadoreñas a un tipo, reíen le decimos mucho gusto y ya estamos pidiendo la custodia de los hijos, porque nos hemos pasado una serie de películas con él. Esas fantasías son caldo de cultivo para las supersticiones.

Pero también creo que la superstición es



PIA BARROS BRAVOS

UNA SUPERSTICIOSA PROFESIONAL

parte de una sabiduría muy profunda que normalmente no validamos; una sabiduría empírica, de leyendas y mitos que el positivismo occidental desprecia.

Me interesa un montón saber de dónde viene cada superstición. ¿Por qué trae mala suerte, por ejemplo, pasar la sal en la mesa? Dicen que es porque antes la sal era como la plata, se negociaba con ella y es como anunciar los de dinero entre amigos.

Entonces uno va aprendiendo que lo popular no es una pura lesera, especialmente en la medida que sirve para protegerte. Por eso vivo llena de amuletos. Mi cocina está repleta de submismos de todo tipo y de yerbas. En mi taller igual, empeñado por la puerta, en la que tengo un dibujo que es un signo de protección de los débiles. Agarró lo que venga y lo convierte en tránsito.

En este momento estoy viviendo un drama siciliano en mi casa, ya que en la mitad del patio hay una escalera, porque están arre-

Escritora, 35 años, casada, dos hijas.

gando el techo. Si supieran lo que me cuesta salir unos escobros, tres veces al día, para no pasar por debajo de la escalera. Si no lo hiciera, terminaría en mala onda y me pasarían quinientas cosas desgraciadas.

Estoy absolutamente consciente, de que es una estupidez, de que al cargar a un objeto y convertirlo en tránsito me limita, pero me guío más por lo emocional y lo emocional sí que me importa.

Por eso que alguien me pase la sal en la mano en la mesa me da ataque. Y hago una cantidad enorme de conjuros si quiero un espejo: zapato encima, lo envuelvo en diario, lo tiro donde haya agua corriendo (con lo que cuesta llegar al Mapocho desde La Reina...).

Para saber de dónde viene tal o cual superstición, he acudido generalmente a la his-

ria. Lo de los espejos es un caso. Resulta que los espejos y la tintura púrpura eran tratados en barco, en largos viajes. Cuando un espejo se quebraba, los tipos se asustaban porque, cada vez que ocurría, imparaban tremendas tempestades y hasta se hundían las embarcaciones.

Mientras más cosas sé, menos cosas puedo hacer. Me limita el tener que darme vueltas cuadras y cuadras para hacerle el quiebre a los tipos de la compañía de teléfonos y sus escaleras inmensas. O si veo un gato negro cruzando de derecha a izquierda me pongo curiosa porque es mala suerte y me devuelvo.

Me apasiona investigar sobre la Inquisición y la chismografía supersticiosa que hay al respecto. Si que en esos tiempos era sospechoso una mujer con las uñas largas que golpeara sobre madera; era sospechoso porque las brujas de entonces golpeaban sus uñas contra caoba para espantar el amor. Más sospechoso era si esa mujer tenía de

muy emocionada, porque los primeros 12 minutos de la noche son como vas a vivir el resto del año.

Antes hacia muchas cosas pero desde que parí, prefiero no enterarme de lo que va a ser de la vida de mis dos hijas. No quiero involucrarme ni hago mucha farandula delante de ellas. Lo único en que las he metido es en no nombrar a la bicha y cada vez que lo hacen las pongo de vuelta y media.

La gente que me conoce se ríe de mis cosas. A mi marido, lo choves un poco, le carga entrar a la casa y que esté llena de humo y de cuestiones raras en las esquinas; le llega a dar vergüenza ajena. Pero a mí no: he sido siempre una profesional asimilada de las supersticiones. Yo también me río de mí misma, pero sigo agradeciendo cuando alguien me trae un amuleto de alguna parte y sigo prendiendo un submismo cuando tengo que hacer algo importante. Voy a seguir haciéndolo, aunque no me lo crea. Por si acaso... □

Una supersticiosa profesional [artículo] Pía Barros Bravos.

Libros y documentos

AUTORÍA

Barros, Pía

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una supersticiosa profesional [artículo] Pía Barros Bravos. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)